

El Marítimo. Una oportunidad para la ciudad

Pep Martorell

Valencia puede asomarse al mar por varias vías. Si lo hace siguiendo la rectilínea avenida del Puerto, llega al Grao que, junto con el Canyamelar y el Cabanyal, son los tres barrios que suelen conocerse como El Marítimo. Tres núcleos distintos que se extienden paralelos al mar que marcó su pasado y ¡ojalá! inspire su futuro.

Más allá de los límites de la ciudad, no son conocidos. No gozan del renombre de otros barrios, en otras ciudades. Bueno... tal vez ahora sí. Las dudas acerca de su futuro. El languidecimiento que padece. Los silenciosos gritos de sus paredes y fachadas, suspirando por un dialogo que nunca llega... Así lo reclaman arquitectos, escritores y todos cuantos lo visitan y tienen la sensibilidad suficiente para ver más allá de su apariencia, descubriendo que, por encima de todo, el Marítimo es un barrio vivo y, además, una gran oportunidad para la ciudad... siempre y cuando ésta no le obligue a olvidar su origen: el mar.

De ello fue consciente Jaime I *el conquistador*, quien hace ocho siglos singularizó el caserío existente con el nombre de Villanueva del Grao y lo convirtió al cristianismo erigiendo un templo dedicado a la Virgen María, donde la imagen del Santísimo Cristo del Grao, desde que llegó sobre las aguas en 1411, conforta el corazón de los graueros. Las Reales Atarazanas completan el conjunto histórico. Cinco edificios levantados en el siglo XIV para construir naves. Durante mucho tiempo, ocultas tras fachadas sobrepuestas, permanecieron alejadas de sus funciones primigenias. Su rehabilitación reveló un importante conjunto histórico-artístico. Sin embargo, y como en un cuento, pagaron la recuperación de su belleza con la pena de no volver a ver el Mediterráneo. Solo el regreso de los fondos del Museo Marítimo podría reconciliarles con su historia asperjada de mar.

Aquel modesto Grao - de *graó*, embarcadero – con el paso del tiempo se ha convertido en el puerto más importante del Mediterráneo español. Frente a su entrada principal, *Casa Calabuig* reúne, a todas horas, una interesante y variada fauna urbana, cuya conversación salpica los latidos de la cercana actividad portuaria que acoge ocio y mercancías. Yates, cruceros y portacontenedores. A través de los amplios ventanales se perfila el Edificio del Reloj, vigilando las tranquilas aguas de la dársena donde se reflejan los tinglados modernistas, que alzan su voz para protestar contra la consentida

agresión de las sedes de los desafíos que se empeñan en hablar de la Copa del América.

En este punto se ofrecen al paseante diversas opciones. Todas ellas interesantes. Adentrarse en el mar navegando sobre blancas *golondrinas*. Soñar contemplando los estilizados yates. Teñirse la mirada de azul de mar, sentado en alguna de las coquetas terrazas. Saborear un succulento arroz en el restaurante flotante *99 nudos*. O, simplemente, pasear hasta el edificio *Veles y Vents*, que Chipperfield concibió blanco, de airoas líneas horizontales, reinando sobre un espacio de paseos y conciertos nocturnos inspirados por el susurro de las olas orlando de blanco la dorada e interminable línea de la playa.

Los valencianos han encontrado en su playa un atractivo especial desde que descubrieron las saludables temporadas de baños. Ahora su atractivo se extiende a todo el año. Invierno y verano. Día y noche. Llueva o haga sol. Andando el Paseo Marítimo o la orilla, a diario, la playa convoca ciclistas, paseantes, maratonianos, enamorados, *erasmus*...

Los domingos la asistencia es masiva. Nombres míticos como *La Pepica* o *La Marcelina*, entrañables establecimientos cuyas paredes hablan de visitantes ilustres, certifican desde hace siglos el idilio de la playa con la restauración. A ellos se unen otros de reciente inspiración: *Hotel Neptuno*, *Vivir sin dormir...* y, sobre todos ellos, emerge entre fuentes y jardines el *Hotel Las Arenas*, cuyas instalaciones aprovechan su pasado como Balneario. Más al norte, la oferta se completa con sencillas instalaciones que actualizan humildes merenderos de antaño: *El Bobo*, *La alegría de la huerta*, *La Murciana*... Atalayas privilegiadas, perfumadas por la playa de La Malvarrosa, barrio limítrofe que tomó el nombre de la flor que allí cultivó *M. Robillard*, y donde la *Casa-Museo de Blasco Ibáñez* invita al visitante a sumergirse en la apasionante vida del escritor, cuya novela "Flor de Mayo" describe la vida marinera que fue captada, con la misma maestría, por los pinceles de Joaquín Sorolla.

Los paseantes, en su andar arriba y abajo, no suelen reparar en las casas que miran al mar. Es comprensible. Su actual estado produce sonrojo y alienta dudas. Sin embargo, con su voz, ya débil, están dispuestas a descubrir a quien quiera escucharlas, un mundo de pequeñas historias de atarazanas, secaderos de pescado, talleres mecánicos y barcas de vela. Son casas que albergaron vidas sencillas, que todavía se intuyen en los edificios que simbolizan el pasado marinero. La Casa dels Bous, en cuya pared recayente al mediodía luce un reloj de sol fechado en el año 1895. La Lonja, inaugurada en 1909 para subastar los tesoros arrancados al mar. Otros edificios han sido rescatados por la economía privada. Es el caso de la *Bodega Boix Hnos.* (más conocida por *la Pasquala*), que ofrece la posibilidad de entusiasmarse con un

buen almuerzo. O de locales de ocio de nombres exóticos que reviven en verano, como *Akuarela*, que ocupa el edificio de las antiguas Termas Victoria.

El Cabanyal siempre ha sido conocido por las escenas de la pesca del *bou*, la playa y las fachadas modernistas que salpican su entramado urbano. Ahora lo es también por el conflicto que arrastra la controvertida prolongación de la avenida de Blasco Ibáñez. El deterioro urbano y social es patente a lo largo de la trama amenazada de derribo, donde carteles en los balcones airean una incomprensible falta de diálogo y entendimiento.

A pesar del conflicto, los vecinos se manifiestan orgullosos de su Cabanyal que tiene vocación de seguir vivo. A poco que les den pie, lo destacarán como un entorno singular, donde convive el bar de siempre como *el Dique* o *la Aldeana*, con establecimientos que se han transformado para consolidar su futuro. A destacar la pastelería *Señorís*, templo del dulce donde la tradición se moderniza en magistrales tartas de calabaza. O los restaurantes *Riberongo* o *Cabañal*, en la calle de la Reina, la *calle bien* que se extiende desde el puerto hasta la avenida dels Tarongers.

La calle Mediterráneo marca la frontera, invisible para el paseante, entre el Cabanyal y el Canyamelar. La *Farmacia Morales* indica que estamos en el punto 0°19'48.86" long.O y 39°28'9.87" lat.N. A escasos metros, el *Mercado del Cabanyal* se erige en ágora moderna donde los vecinos continúan contándose sus cuitas y los forasteros se entusiasman con la multicolor oferta de pescado.

La calle José Benlliure invita a adentrarse en el Canyamelar, que cuenta con establecimientos de restauración muy valorados, como *Casa Guillermo*, *La Bocana*, *L'Entrepà* o la ya centenaria *Casa Montaña*. Sin olvidar la *Pastelería Alarcón*, que continúa ofreciendo su tradicional tarta valenciana de almendra y merengue.

Una de las travesías lleva a la plaza de la Virgen del Rosario. Es el corazón de un barrio que decidió abandonar el mundo de la pesca, en busca de otros horizontes. Puede presumir de una interesante oferta cultural. La *Biblioteca de la Reina*, ocupando un edificio de 1862. La cuidada programación del *Teatro El Musical*. Y, además, dos museos singulares. Ambos en un edificio que albergó un Molino de Arroz, cuya maquinaria original animó a la Universidad Politécnica para instalar el *Museo del Arroz*. La otra parte del edificio está ocupada por el *Museo de la Semana Santa Marinera "Salvador Caurín"*, donde se ofrece una interesante muestra de la fiesta más tradicional del Marítimo.

No es la única en un pueblo festivo que también vive la Noche de San Juan, las Fallas, Moros y Cristianos, o las procesiones patronales. Pero la Semana Santa brilla con luz propia. No en balde es la más antigua, la que

mejor recoge la personalidad y religiosidad de sus gentes en unos actos impregnados de mar. Devociones públicamente manifestadas en procesiones que, en la mañana del Viernes Santo, acercan los Cristos a la playa para elevar una oración por quienes perdieron su vida en el mar.

A lo largo de la historia, el mar ha confirmado su vocación de tradición y modernidad. Así ha sido en todas las épocas y en todos los lugares donde se ha sabido escuchar su voz para desentrañar oportunidades. Por contra, aquí, El Marítimo continúa siendo una esperanza, por eso aconsejo al paseante en su recorrido por las calles, que se despoje de ideas preconcebidas y se deje acompañar por la fascinación de lo auténtico. Solo así descubrirá esa imagen entrañable, esa sensación, ese recuerdo que le acompañará siempre... lo cual no es poco en los tiempos que corren.